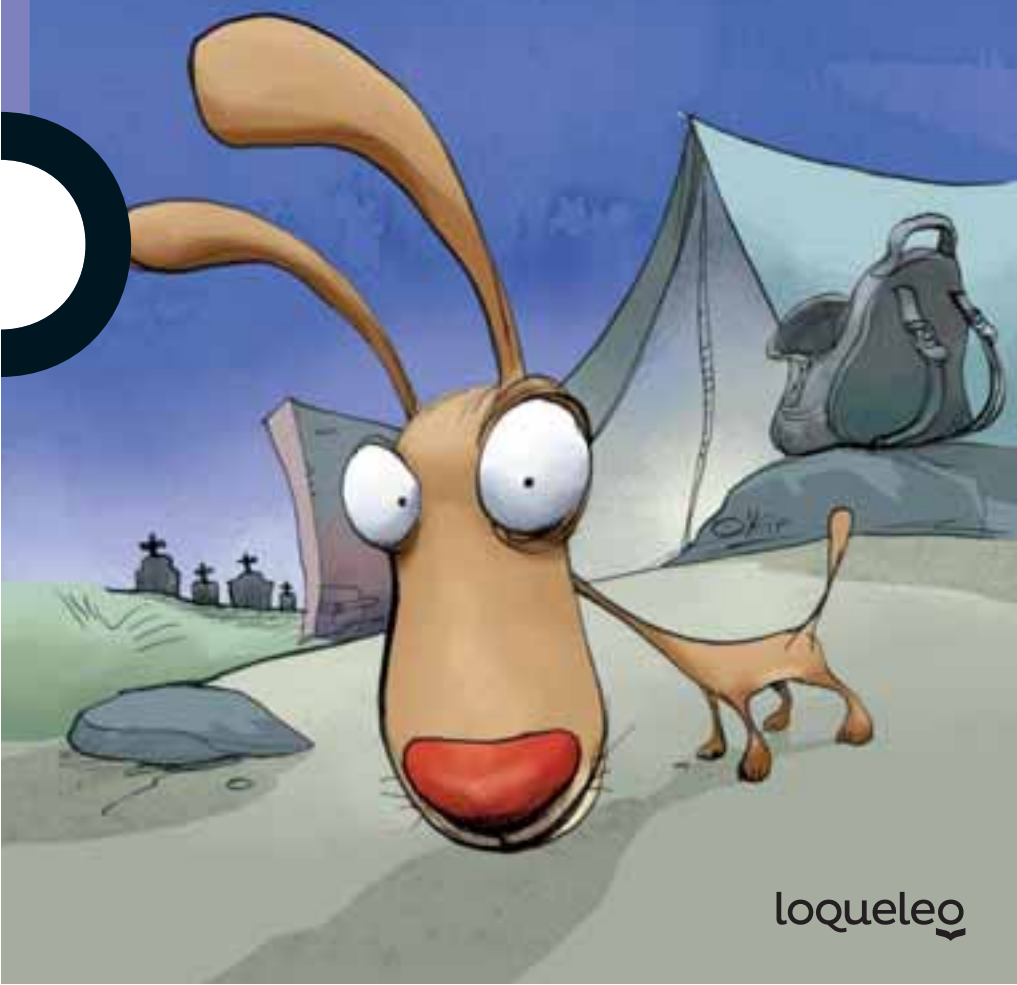


# Diminuto y el campamento zombi

Liliana Cinetto

Ilustraciones de O'Kif-MG









[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2016, LILIANA CINETTO

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4907-6

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: abril de 2016

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: VERÓNICA CHAMORRO - CLARA OEYEN

Ilustraciones de O'KIF-MG

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Cinetto, Liliana

Diminuto y el campamento zombi / Liliana Cinetto ; ilustrado por O'Kif-MG. -  
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

136 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4907-6

1. Literatura Infantil Argentina. I. O'Kif, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 8.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ABRIL DE 2016 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# **Diminuto y el campamento zombi**

Liliana Cinetto

Ilustraciones de O'Kif-MG

loqueleg



## En el que cuento cómo empezó el asunto del campamento y por qué yo no quería ir ni loco

Que quede claro: yo nunca nunca nunca quise ir a ese campamento. Ni loco quería ir. Desde el principio dije que no y que no y que no. Y eso que a mí los campamentos me encantan. Bueno, en realidad, hasta que pasó lo que pasó y que justamente voy a contarles ahora, yo nunca había podido ir a ninguno a pesar de que durante años le había insistido e insistido a mi familia (porque soy especialista en insistir). Les había pedido que nos fuéramos de campamento en todas las vacaciones de verano, en todas las de invierno, en Semana Santa, en los feriados largos, en los feriados cortos, en los feriados puente,



8 en fechas patrias y en otras ciento cincuenta y cinco mil oportunidades que me parecían apropiadas para ir de campamento como el día de la tradición, el día del bombero voluntario, el día del cuidado del medio ambiente, el día del pescador de surubí, el día de la marmota... Nunca los convencí. Mi papá me decía que a él no le gustaba ir de campamento, que no quería ir de campamento, que no iba a ir de campamento y QUE LA TER-MI-NA-RA DE U-NA VEZ CON LO DEL CAM-PA-MEN-TO. Es que mi papá no es muy creativo para dar explicaciones y cuando se enoja grita separando las palabras en sílabas. Mi mamá, en cambio, me contestaba que si bien le parecía saludable y energizante el contacto con la naturaleza, a ella no le entusiasmaba demasiado la idea de pernoctar en algo tan frágil como una carpa, a merced de las inclemencias climáticas, porque, además,

no tenía espíritu aventurero y que, tal vez, a otra edad habría sido una experiencia interesante, pero ahora prefería una cama y un baño privado y qué sé yo cuántas cosas más me explicaba mi mamá que es más creativa que mi papá y que además emplea vocabulario específico. Y mi hermana Carolina, que tiene quince años y es la más insoportable y cascarrabias de las hermanas del mundo entero y de otras galaxias conocidas y por conocer, decía que ella, ¡atchís!, no podía ir de campamento porque, ¡atchís!, las plantas silvestres le daban alergia, ¡atchís!, el rocío le daba alergia, ¡atchís!, el polen de las flores le daba alergia, ¡atchís!, los insectos le daban alergia y que, ¡atchís!, prefería que se la devorara un zombi mutante antes que pasar una noche conmigo en una carpa para que la molestara y la asustara todo el tiempo con mis cuentitos de miedo. Voy a ser honesto: a mí

me gustaría que a mi hermana se la devore un león. O un cocodrilo. Incluso una planta carnívora que come bichos asquerosos como ella. Aunque estoy seguro de que un león, un cocodrilo o una planta carnívora se pueden indigestar si devoran a Carolina, a la que  
10 todo le da alergia y la hace estornudar y que es la más insoportable y cascarrabias de las hermanas del mundo y de otras galaxias conocidas y por conocer. Pero que quede claro: de ninguna manera quiero que se la devore un zombi mutante porque entonces Carolina se transformaría también en zombi mutante (algo que ella no sabe porque no tiene cultura en historias ni películas de terror como yo). Y ya bastante difícil me resulta aguantarla tal como es, zombi común y corriente.

Volviendo al tema del campamento, tampoco había podido ir, hasta ese momento, al que mi escuela organizaba cada fin de año,

que era solo para los alumnos más “grandes” porque viajaban a otra provincia y duraba una semana. Y aunque hasta tercer grado se hacía una especie de “ensayo” de campamento escolar, eso de campamento no tenía nada. Ni siquiera hormigas. Para empezar, no íbamos ni a la esquina. Nos quedábamos a dormir en el gimnasio cubierto del colegio sobre las colchonetas de educación física que estaban apolilladas y tenían olor a humedad. Nada de carpas ni mochilas ni fogatas ni bolsas de dormir ni cuentos de terror a la luz de la luna ni víboras ni arañas ni ninguna de las cosas interesantes que hay en un campamento. Y encima escuchando a los de preescolar que enseguida empezaban a llorar llamando a su mamá porque extrañaban.

11

Entonces, ¿por qué yo no quería ir a este campamento de la escuela, al de verdad, al que se haría en otra provincia y duraría una

semana, cuando al fin me correspondía ir, porque ya estaba terminando cuarto grado y era uno de los alumnos “grandes”?

12      Primero, porque ni loco quería separarme siete días de mi perro Diminuto. Ni cinco minutos quería separarme de él. ¡Con lo que me había costado convencer a mi familia, que nunca había querido perro, para que me dejaran tener uno! Años y años les había insistido e insistido hasta que lo encontré en la calle y me lo traje escondido en el bolsillo de la camisa. Es cierto que hubo algunos pequeñísimos problemitas desde que Diminuto salió del bolsillo de la camisa hasta que mi familia aceptó que se quedara. Una blusa de mi hermana empapada con pis, una casa destrozada... Detalles, bah, que casi nadie recuerda ahora, porque ya todos lo quieren a Diminuto (incluso la cascarrabias de Carolina). Es que según mi mamá, que es tan creativa, el perro

se ganó su lugar, lo que no significa que Diminuto necesite mucho espacio. Si solo mide tres centímetros de largo por dos de alto, usa una correíta de piolín, tiene una cuchara hecha con una caja de fósforos y juega con un escarbadiantes porque todos los palos son demasiado grandes para él... Lo que quiere decir mi mamá es que Diminuto será perro, y perro chiquito además, pero es especial. Y tan valiente como para enfrentar a delincuentes, fantasmas, monstruos subterráneos... Igual, por más especial y valiente que sea, Diminuto sigue siendo perro y los perros no pueden participar en campamentos intercolegiales como ese al que yo ni loco quería ir. Es que sabía que lo iba a extrañar muchísimo. Y que él también iba a extrañarme.

Por eso yo no estaba entusiasmado con ese campamento, aunque no me quedaba más remedio que ir. De mala gana. Por mis

amigos, Mateo, Pablo y Pancho, que me habían convencido después de insistirme e insistirme (sí, ellos son especialistas en insistir igual que yo).

—Dale, Fedé. Nos vamos a divertir. Somos cada vez menos los que vamos.

14 Y era cierto. Porque a algunos, los padres no les daban permiso para ir. Como a Leti, la chica que me... mi... Bueno. Ella, que hacía poco que se había inscripto en nuestro colegio. Otros, como el Pinchu y el Colo, estaban en cama con varicela y tenían la cara y el cuerpo como si los hubieran salpicado con salsa de tomate a través de un colador, porque con esa enfermedad uno se brota con una erupción que pica más que cien millones de pulgas.

Y no solo no viajaban aquellos que no habían conseguido autorización o los enfermos. Muchos otros no habían podido pagar el

campamento. Al aumentar la nafta y los gastos, por la crisis, los costos habían subido hasta las nubes, como dice mi mamá, que es tan creativa. La comisión organizadora había tratado de abaratarlos, contratando a una empresa de turismo nueva que pasó un presupuesto más barato y reduciendo gastos extras como las remeras estampadas, los gorritos y otras pavadas. Sin embargo, no consiguieron bajar más el precio ni aunque comiéramos papas todos los días y en vez de ir en micro, nos llevara a upa la directora.

15

Y eso que para juntar fondos y ayudar a los que no les alcanzaba habíamos vendido tortas, sándwiches y porciones de pizza y habíamos organizado rifas, bailes, desfiles...

Pero no había sido suficiente. Así que, de mi colegio, íbamos a ser cuatro gatos locos.

De todos modos traté de ser optimista. Como explican en el programa de televisión



*Libera tu karma* que mi mamá mira para calmarse cuando le dan los nervios, le busqué el lado positivo: iba a estar una semana con mis tres mejores amigos y seguro conocería a chicos de otras escuelas. Mientras no fueran unos aburridos, unos amargados o unos zombis mutantes, como los de las películas *El ataque de los zombis descerebrados* o *El campamento zombi 3D* que acabábamos de ver con Mateo, Pablo y Pancho...

Pero el escaso optimismo se me desvaneció una semana antes del viaje, cuando la directora citó a una reunión urgente para informarnos que la persona responsable de mi escuela no sería, como cada año, el profesor de educación física, que es copado y organiza juegos divertidos como búsquedas del tesoro, carreras de embolsados, guerras de bombitas de agua, competencias de disfraces o noches con historias de terror. No.